

CARTA XV.

LA CATÁSTROFE.

Octubre 29 de 1873.

«Viendo Montenegro que yo permanecía mudo y atónito, sin dar respuesta á sus palabras, siguió diciendo :

—Ciertamente no esperaba esta visita, que viene á honrar con su presencia mi humilde hospedaje ; mas, por grande que sea mi sorpresa, la suspenso para cumplir con el deber que la cortesía me impone, ofreciendo á V. un asiento en este sofá, que no es absolutamente incómodo. Esto es lo primero.

Semejante sangre fría me advirtió que tenía que habérmelas con un hombre dotado de suprema audacia. Yo, por mi parte, serené con un esfuerzo de voluntad la agitación de mi espíritu, y le dije :

—Lo primero no es eso. Lo primero es que V. me explique por qué le encuentro en este sitio.

—¡Ay, amigo mío! (exclamó con voz hasta cierto punto conmovida.) No me hará V. el agravio de creer que he dejado sin disgusto las comodidades de mi casa por esta habitación, sin duda alguna

hospitalaria, pero, en rigor, poco comfortable; mas, ¡qué diablo!, en las situaciones extremas hay que apelar á los recursos extraordinarios.

Yo hice un movimiento de impaciencia que no pude contener, y él añadió :

—¿No le parece á V. esa explicación completamente satisfactoria? Bien : respeto sus escrúpulos, y voy á completarla.

Me crucé de brazos, afectando una calma que en realidad no tenía, y él dijo :

—Ha de saber V. que soy víctima de una infame calumnia, ó, á lo menos, de uno de esos lamentables errores que suelen padecer los tribunales. Se me acusa nada menos que de ser el principal agente de la extraordinaria profusión de billetes falsos de que Madrid se halla invadido. Me sería muy fácil confundir á mis acusadores ; pero, ¿qué quiere V.? ; cada uno tiene su orgullo, y yo no paso por la humillación de defenderme. Mi casa ha sido allanada en las primeras horas de la noche, y supongo que habrán hecho en ella un registro minucioso, en cuyo caso es posible que hayan encontrado algo entre mis papeles que comprometa mi inocencia. Yo pude evadirme, y me encontré en la calle, dudoso del partido que debía de tomar ; no acertaba á elegir entre la estación del Norte y la estación del Mediodía ; mas pronto renuncié á una y otra, porque presumí que el tribunal, ávido de mi persona, temiendo la contingencia de mi fuga, tuviera en ambas estaciones agentes encargados de

detenerme. Por otra parte, el telégrafo anda más que la locomotora, y, por último, no podía viajar tranquilamente sin llevar el resguardo de un pasaporte para el extranjero y un disfraz que desfigurara discretamente mi persona. Todos estos inconvenientes me parecieron sumamente serios, y adopté el partido de quedarme en Madrid; pero V. comprenderá que necesitaba un albergue seguro que me pusiera á cubierto de toda pesquisa. La idea de ocultarme en esta casa me pareció, inmejorable, y la puse en ejecución con felicísima fortuna. Oculté el semblante bajo el embozo del abrigo, y penetré en la portería; subí la escalera, y esperé. El portero se hallaba en el portal vuelto de espaldas, y, aprovechando esta favorable circunstancia, bajé, me escurrí como una sombra por entre las columnas del vestíbulo, gané la cancela de cristales que abre el paso al jardín, y fui á ocultarme en la estufa. Esta es la historia, con todos sus pormenores. Ahora bien: ¿á qué feliz casualidad debo el honor de tan inesperada visita?...

—Ha incurrido V. (le contesté) en dos graves indiscreciones: la primera consiste en tener la vela encendida, y la segunda en no haber cerrado bien esa ventana.

—¡Ya! (exclamó.) Pero es el caso que las maderas de esa ventana no encajan bien, y, en cuanto á la luz, pensé apagarla; pero agitado mi espíritu por tan violentas emociones, me recliné maquinalmente en ese sofá, y me quedé dormido. La

luz me ha delatado: ¿qué importa? Es lo mismo.

—No es lo mismo (le repliqué). V. ha penetrado furtivamente en mi casa, como pudiera haberlo hecho un ladrón; está V. acusado de un delito que infama; la justicia lo busca, y todo lo que yo puedo hacer en su obsequio es entregarlo á los tribunales. Nadie dirá que violo las leyes de la hospitalidad.

—Eso es absurdo (me dijo), y he ahí una solución que impediré á toda costa. Amo la libertad más que la vida, y prefiero la sepultura á la cárcel. Además, está V. en un error que me veo precisado á desvanecer. Yo quería omitir la segunda parte de esta historia; pero V. se empeña en saberlo todo, y será preciso que lo sepa. Mi honor de caballero no me consentiría permanecer ni un instante más en esta casa, si no me considerara autorizado para ello.

Oculto en la estufa, combiné mi plan, y salí de allí en busca de la puerta que da entrada á la sala de armas; allí encendí un fósforo, y vi el cielo abierto; esto es, vi la escalera de caracol que se enrosca dentro del muro, y subí por ella; tropecé con la entrada de esta habitación, y aquí saqué de mi cartera, siempre provista de todo lo necesario, una tarjeta; escribí en ella cuatro palabras, la encerré en un sobre, y puse por sobrescrito el bello nombre de la señora de esta casa. ¿Cómo poner en sus manos esta importante tarjeta sin valerme de una persona intermedia?

Mi ingenio buscaba en vano un recurso extraordinario; pero mi fortuna no me había vuelto del todo la espalda, y, perdone V. este arranque de vanidad, yo poseo el valor de las situaciones extremas. Registrando estos cuartos abandonados, hallé en la pieza contigua salida á una pequeña galería de cristales, y comprendí que me hallaba cerca de las habitaciones de Elisa. No sin trabajo abrí una puerta que se dibuja sobre dos escalones, en el extremo opuesto de la galería, y me encontré dentro de un espacioso ropero: seguí adelante, y otra puerta menos brusca me abrió paso al cuarto del baño, en cuyo ambiente se respiraba un suave perfume; más allá estaba el tocador dulcemente iluminado. Reinaba en los salones un profundo silencio; era el momento en que, cansados, sin duda, de esperarme, se sentaban Vds. á la mesa, donde yo también tenía mi cubierto. Suspiré al oír el ruido lejano de la vajilla y el confuso murmullo de la animada conversación con que empezaba la comida, y aun me pareció percibir las emanaciones succulentas de esos platos victoriosos que salen de las manos de Donato. En aquel momento me condenaba mi suerte al suplicio de Tántalo. Volví á suspirar, dejé la tarjeta sobre la mesa del tocador, y me retiré á este almacén de muebles rotos, lugar indudablemente más seguro que la estufa. No soy impaciente, y esperé sin inquietud el resultado de mi tentativa. Me parecía imposible que la bella Elisa, al volver de la mesa, no entrara en su toca-

dor á echar una ojeada á las perfecciones de su prendido. En efecto: habría transcurrido una hora, cuando vi aparecer una sombra blanca y vaporosa, semejante á una aparición celeste; los brillantes resplandecían en la obscuridad como las estrellas en una noche nebulosa. Me adelanté á recibirla, y le dije: «Señora, es un asunto para mí de vida ó muerte; necesito un asilo ignorado, á lo menos por veinticuatro horas, y abrigo la confianza de que no será V. la que me niegue un rincón en su casa.— ¡Ah! (exclamó): es una locura, una insigne locura; ¿pero qué hacer ya en este caso? Si el peligro de que se halla V. amenazado es tan inminente, permanezca V. aquí, y después veremos.» Después, bastante después, volvió, trayéndome ese candelero y esa vela indiscreta, y reparó el desfallecimiento de mi estómago con una buena ración de pavo *truffé* y una botella de legítimo *Laffite*. Ahora bien, amigo mío: ¿le parecen á V. todavía justas sus reconvenções?....

La ira y la vergüenza rugían á la vez en el fondo de mi alma. El miserable, con un descaro inaudito y una audacia sin ejemplo, se burlaba á la vez de mi honra y de mi paciencia. Contuve el violento impulso de mi cólera, y clavé en su rostro inalterable una mirada, en la cual iba todo el rencor de que me sentía poseído.

Encogióse de hombros, y siguió diciendo:

—V. no ha reflexionado bien los graves inconvenientes que ofrece la solución de entregarme á

los tribunales. Nadie creará que yo he venido á ocultarme aquí sin contar con la seguridad de ser admitido; todo el mundo sabe que he recibido en esta casa distinciones honrosas, y claro está que no es V. el que me oculta, cuando es V. el que me descubre. ¿ Á quién han de atribuir el favor íntimo de tan generosa hospitalidad? ¿ Sabe V. á qué suposiciones llegará la malicia? Y no es eso todo: el juez me interrogará acerca de este punto, y yo me veré obligado, por la rectitud de mi conciencia, á cantar de plano. De manera que al entregarme V. al poder de la justicia, entrega V. el nombre de Elisa y su propio nombre al tribunal inexorable de la maledicencia. Las cosas hay que mirarlas con calma para verlas como son, y resulta, por la singular combinación del caso, que V., que ha incurrido en la indiscreción de descubrirme, es el que está más interesado en ocultarme.

La observación era terrible; comprendí toda la fuerza que encerraba, y contemplando un instante el arma que tenía en la mano, le dije:

—La pistola es, en efecto, escandalosa, y hay asuntos que deben ventilarse con toda reserva. Debajo de nosotros está la sala de armas, y en ella encontraremos dos espadas, con las que acabaremos de entendernos.

—¿Propone V. un duelo!— me preguntó asombrado.

—Sí (le contesté). Olvido por un instante la infamia del crimen por el cual será V. pronto con-

denado á cadena perpetua, y propongo un duelo hasta el último aliento.

—¿Un duelo!... (exclamó.) Bien....; busque V. testigos; de otra manera es imposible; será un asesinato; desconozco absolutamente el manejo de la espada; podrá V. herirme dondequiera sin el menor peligro. Una estocada en el corazón pondrá fin á mis días. Perfectamente; pero ¿qué hace V. con mi cadáver?... Me parece que tengo derecho á saber en qué sepultura voy á descansar para siempre de las fatigas de la vida.

La idea de un asesinato me horrorizaba; el espectáculo de un cadáver que sería preciso ocultar helaba el calor de mi cólera. Aquel hombre tenía mi honor en sus manos, y mi honor precisamente le servía de escudo. Mi situación era bastante difícil, y me quedé pensativo, mordiéndome los labios.

—No hay que apurarse (dijo). Fijemos bien la cuestión, para no confundirnos; V. no puede descubrirme ni puede matarme. Hay, pues, que buscar otra solución más razonable al caso en que nos encontramos. Yo tengo una, y es la única. Un vestido con el cual pueda disfrazar mi persona, y un pasaporte para el extranjero extendido á favor de un nombre cualquiera, son dos requisitos indispensables para que yo, con las debidas precauciones, pueda salir de esta casa, en la cual, francamente, no he hecho ánimo de pasar el resto de mis días. V. me proporciona ese disfraz y ese pasapor-

te; yo me encargo de hacer desaparecer estas perfumadas patillas que he tenido el honor de poner en moda, y asunto concluido.

—¡Jamás! (exclamé, con el acento de las resoluciones irrevocables.) No pasaré jamás por la infamia de ser su cómplice.

—¡Bah! (exclamó á su vez.) V. cree que yo haga un uso indiscreto de esta aventura de mi vida, y eso, en verdad, honra poco á su perspicacia. Le juro á V. que al salir de aquí, Montenegro deja de existir; adoptaré el nombre que vaya consignado en el pasaporte. Yo he cambiado ya cuatro veces de nombre, y esta será la quinta transmigración de mi persona. ¿Le parece á V. que cometeré yo la torpeza de hablar de las aventuras de Montenegro?

—¡Jamás!—volví á repetir resueltamente.

—¡Phs! (dijo.) Creí que trataba con un hombre de mundo; pero tropezamos ahora con la intratable suspicacia de los maridos vulgares. Apuremos el caso: ¿cree V. que posea yo algún documento que pueda comprometer el nombre de Elisa?

Al oír esta pregunta, toda la sangre de mi corazón se me subió al rostro; y el recuerdo de la carta sorprendida en la estufa surgió horriblemente del fondo de mi memoria.

—Pues bien (siguió diciendo): la lealtad ante todo. Poseo uno: cuatro renglones, inocentes sin duda alguna, escritos en papel perfumado, mera impaciencia de la vanidad, de la curiosidad ó del capricho de una mujer acostumbrada á dominarlo

todo por su hermosura y por su lujo; pero que, en fin, á los ojos de un marido susceptible pueden tener un valor extraordinario.

Diciendo esto, había sacado su cartera, y de ella un billete, que me presentaba como el testimonio de su veracidad. Lancéme á arrancarlo de sus manos; pero me encontré detenido por un brazo vigoroso, que me hizo retroceder dos pasos.

—Poco á poco (dijo). Este es mi último cartucho. Yo no tengo ningún interés en conservar en mi poder estos renglones escritos por tan preciosa mano: V. los desea, y yo le propongo un negocio; los entrego generosamente á cambio del disfraz y del pasaporte; de otra manera, será imposible arrancarle de mis manos.

Una nube ardiente pasó por mi cabeza; sentí en mi voluntad un impulso ciego, y alzando el brazo, levanté la pistola á la altura de mis ojos, y disparé. Vi á Montenegro tambalearse y caer desplomado.

Me apoderé del billete, y pronto reconcí en él la letra de Elisa. ¡Ah! Éste no era un billete falso. He aquí su contenido:

«Me confieso vencida; es V. un enigma impenetrable. Mi vanidad de mujer empieza á ofenderse, y mi curiosidad se enfada. Si hemos de ser amigos, es preciso que nos conozcamos. Confianza por confianza... Un capricho: la respuesta no quiero recibirla; quiero encontrarla.»

Después que me hube asegurado de que la ex-

plosión de la pistola no había producido alarma ninguna, formé mi resolución, y me dirigí en busca de Elisa.

Al levantar la cortina que separa el tocador del dormitorio, la encontré vestida, delante de la puerta, en actitud de salir. Al verme, retrocedió un paso, y exhaló un grito:

—Sígueme (le dije); necesito de tu auxilio, porque esta vez te toca á ti ser mi cómplice.

Irguió la cabeza con arrogancia, me miró fijamente sin descubrir en su rostro turbación ninguna, y me siguió sin resistencia. Sentía yo detrás de mí sus pasos acompasados y majestuosos. Cuando llegué al lugar de la sangrienta escena, cogí la luz, y acercándola al cadáver, le mostré el cuerpo inanimado de Montenegro. Yo espiaba los movimientos de su fisonomía; pero no descubrí en ellos ni la angustia ni el espanto que yo esperaba; movió la cabeza con cierta compasión, hizo un gesto de repugnancia, y apartó los ojos del cadáver, sin pronunciar ni una palabra.

—Ahora (dije), es preciso darle sepultura.

Volvió á mirarme con ojos impasibles, se cruzó de brazos, y se encogió de hombros.

Bajé al jardín, y ella me siguió, silenciosa como una sombra. Junto á la estufa hay una casa rústica, en la que guarda el jardinero todos los instrumentos de su oficio, y entre ellos hallé los que necesitaba. Siempre seguido por Elisa, entré en el tiro de pistola, y detrás de la plancha que sirve de

blanco, comencé á abrir una zanja. La tierra se prestaba á mis esfuerzos, y después de una hora muy larga, la tuve concluida; era bastante profunda para que pudiera guardar discretamente el terrible secreto que iba á confiarle.

Subimos en busca del cadáver, y, no hubo remedio, Elisa me ayudó á bajarlo, y, muda é inmóvil como una estatua, presencié el acto de darle sepultura. En el sitio en que Montenegro cayó muerto, había una gran mancha de sangre, que hice desaparecer, arrancando algunas baldosas de las que cubrían el pavimento. Aquella sangre lavaba mi honor ofendido; pero ¿no era al mismo tiempo el testimonio de un crimen? Cerré con llave las puertas que dan entrada á estas habitaciones, teatro de tan terrible escena, y acompañé á Elisa hasta su tocador. En esta especie de templo, donde ella adora en sí misma su belleza y su fausto, la detuve y le dije:

—Todavía te queda que pasar por la última vergüenza. Dentro de pocas horas sabrás quién era el hombre en cuyas manos habías puesto tu nombre y el mío. Más dichoso que tú, el juez que busca á los falsificadores de billetes ha sabido descifrar el *enigma impenetrable*. No me asombra tu traición; pero no te creí capaz de tanta astucia.

Al oír estas palabras, la palidez de su rostro pareció iluminarse por una ráfaga de color de púrpura, y, al mismo tiempo, echó atrás la cabeza, dejando ver en sus labios un gesto de desdén seme-

jante á aquel que yo sorprendí en el espejo la noche de mi boda.

Entonces arrojé á sus pies el billete insensato que acababa de arrancar de las manos yertas de Montenegro, y le volví la espalda.

¿Qué más quieres saber?...

Aquí tienes la historia de esta noche. Me encuentro solo en mi cuarto, y siento que estalla el agitado tumulto de mis pensamientos hasta ahora contenido. Elisa aparece á mis ojos como el ser más despreciable de la tierra; ni siquiera puede excusarla la ceguedad de una pasión irreflexiva. ¡Ah! Su corazón carece de toda ternura; es un alma helada por el frío de una vanidad inaccesible. El imperio de su belleza y el resplandor de su fausto: he ahí su orgullo.

Dando vueltas á todos los incidentes de esta desastrosa historia, viene mi pensamiento á detenerse ante el nombre de Octavia.... ¿Qué debo pensar?... ¿Es víctima ó cómplice?... ¿Habrà querido disputarle á Elisa las atenciones de Montenegro?...

La luz del día comienza á penetrar en mi estancia, y sus rayos iluminan con cruel claridad el cuadro sombrío de mi situación. Hay días que no debieran amanecer nunca. El día que empieza á colorear el horizonte es martes, y, si yo fuera supersticioso, creería que, en efecto, era un día aciago.

Todavía me queda que adoptar una última resolución, y no me atrevo á mirarla frente á frente.

Mi primer pensamiento es huir al extranjero y abandonar para siempre á Elisa; pero esta separación daría pábulo á las murmuraciones de la malicia. Estamos aún, casi puede decirse, en la luna de miel, y, ¿qué quieres?, la mayor parte de las gentes me creen tan dichoso.... Por otra parte, tengo miedo de abandonarla; mi presencia puede impedir un nuevo peligro y evitar la ocasión de un escándalo. Mas, ¿he de constituirme en agente de policía de sus acciones, de sus palabras y hasta de sus pensamientos?... ¿He de condenarme á vivir junto á un ser que sólo me inspira una aversión indecible?

Por segunda vez me acomete la idea de arruinarme.

El fausto es su atmósfera; yo puedo hacerla descender de las regiones del lujo en que vive, donde su corazón se ha desvanecido. Me es sumamente fácil deshacer mi fortuna, y condenarla á las estrecheces de la escasez. Cuando no sea rica, no parecerá tan hermosa; el mundo cortesano que la rodea la volverá bien pronto la espalda, y ella misma se ocultará avergonzada de su pobreza. ¿No es este su justo castigo?...

Al acabar esta carta me parece que es menos enorme el peso que oprime mi corazón; necesitaba partir con alguien este secreto tenebroso, y sólo á ti puedo confiarlo.»